

mdsrs  
e1

(2)

# EL CEPILLO DE DIENTES

O

## NÁUFRAGOS EN EL PARQUE DE ATRACCIONES

OBRA EN DOS ACTOS

Seminario Multidisciplinario Josemilio González  
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

~~10/10/20~~  
11/20/25

~~24/feb/10~~  
20/mar/02

OP/PC

«¡Quítese esa máscara y SONRIA  
con el nuevo dentífrico...»

(Anuncio de un periódico)

Cuando se han apagado las luces de la sala, pero antes de abrirse las cortinas, se escuchará una música melancólica interpretada en arpa y que debe recordar vagamente la música de un tiovivo. Esta música se escuchará en varios momentos de la obra. Debe ser un fragmento tierno, simple, sugerente.

Las cortinas se abren. Sala-comedor de un pequeño departamento moderno.

La mitad izquierda tiene muebles antiguos, estilo español; y la mitad derecha tiene muebles de estilo danés, de diseño ultramoderno.

Entre los muebles del lado izquierdo hay una mecedora y un gramófono antiguo de inmensa bocina. Sobre los muebles álbums de discos viejos de 78 r/m.

Entre los muebles del lado derecho hay una butaca de piel de cabra y una lámpara de pantalla aerodinámica.

Actuando de bisagra entre ambos ambientes hay una mesa redonda cubierta con un mantel de felpa que llega hasta el suelo y oculta completamente sus patas. Dos sillas. Este es el campo neutral donde se desarrolla todos los días la batalla del desayuno matrimonial.

Sobre la mesa se destaca una radio de transistores con una antena. Un momento la escena vacía. Se escucha un fragmento de radioteatro proveniente del transistor.

VOZ DE ELLA.—¡Mi amor, despierta!... Mira que bonito se ve el Parque de Atracciones! ¡El día está maravilloso!

VOZ DE EL.—¡Tú también estás maravillosa! *(Besos apasionados.)*

VOZ DE ELLA.—¿Cómo podemos sobrevivir?

VOZ DE EL.—¿A qué?

VOZ DE ELLA.—A este cariño tremendo.

VOZ DE EL.—¡Somos fuertes!

VOZ DE ELLA.—¡Invulnerables!

VOZ DE EL.—¡Inseparables! *(Nuevos besos apasionados.)*

*Entra ELLA. Joven y bonita. Viste un pijama de seda sobre el cual lleva una bata. Zapatillas de levantarse. Trae una bandeja. Debajo del brazo un periódico y una revista. Deja todo sobre la mesa. Al hacerlo se le cae descuidadamente un tenedor. Busca otra emisora en el transistor. Deja de escucharse en ese momento la música de arpa. Consigue por fin dar con una música de «Jazz». Satisfecha, sigue el compás con el cuerpo y sale nuevamente hacia la cocina.*

*Un momento la escena vacía. El «Jazz» se escucha muy fuerte.*

*ELLA vuelve a entrar. Esta vez con la cafetera y la leche. Las deja sobre la mesa. Da los últimos toques a la mesa del desayuno. Sólo ahora observa que uno de los dos tenedores está en el suelo. Lo recoge y se lo queda mirando fijamente.)*

ELLA.—Anoche soñé con un tenedor. Bueno, eso no tiene nada de misterioso. Debe ser un símbolo sexual inconsciente... *(Arrugando el ceño.)* Pero lo raro era que el tenedor decía que quería ser cuchara. El pobre tenía complejo de cuchara... de cuchara de postre.

Yo no sé por qué soy tan complicada. El psiquiatra tampoco. Me dijo que hablara en voz alta por las mañanas, que eso era bueno para la salud mental. Sirve para desintoxicarse después de la noche. «Imagínese —me dijo— que está sola en un escenario iluminado delante de grandes personalidades que la escuchan y a usted no le importa nada, nada...» *(Se dirige con soltura y desinhibición al público desde la embocadura del escenario.)* «¡Excelentísimo señor presidente, excelentísimo señor ministro consuetudinario, miembros del Cuerpo Diplomático y de otros cuerpos, señora Agregada Escultural... ¡Oh, monseñor!... *(Hace una genuflexión. Repentinamente se pone a cantar con energía y sin la menor inhibición un fragmento de «Madame Butterfly». Desde el baño llega el inconfundible ruido de una persona haciendo gárgaras. ELLA trata de acallar el ruido cantando más fuerte y echando mi-*

*radas furiosas hacia el baño, pero, finalmente, se interrumpe y en forma rencorosa señala hacia el dormitorio.)* Vivo con un hombre. Por lo menos todos lloran así a ese ser de pies grandes que hace gárgaras en los momentos más inesperados, la noche de bodas, por ejemplo.

Yo soy su mujer. Eso quiere decir que debo ser femenina. Lo que no es fácil. Hay que sentirse débil y poner brillantes los ojos para que el ser de los pies grandes la proteja a una. También debo ser atractiva. No debo permitir que me crezca bigote ni se me caigan los dientes. Tengo que recordar que los raviolos ensanchan las caderas y los espárragos achican el busto. *(Dando un gran suspiro.)* ¡Pero la verdad es que estoy cansada, horriblemente cansada de ser la esposa femenina de ese animal masculino que se rasca, pierde el pelo sistemáticamente y canta tangos pasados de moda!... *(Soñadora.)* Quisiera... quisiera engordar, fumar un puro y enviudar de una manera indolora y elegante.

Estos monólogos, como psicoterapia, también sirven para que a uno se le ocurran ideas, ideas inocentes para enviudar sin anestesia. Hoy, como todos los días, tengo algunos planes. Para empezar, el café no es café. No. Tampoco es nescafé. Es veneno. Veneno con gusto a café descafeinado.

Las tostadas parecen tostadas, nadie diría que no son tostadas. Bueno, en cierto modo lo son, pero las tosté con gas de hidrógeno que produce efectos fatales al ser digeridas. *(Encantanda.)* ¡Oh... y el azúcar! El azúcar tiene un poco de raticida granulado. Esto último fue un virtuosismo de especialista que muchos considerarán exagerado pero que es propio de mi sentido de la responsabilidad. *(Se oye un canturreo que proviene del dormitorio. Con una risita siniestra.)* ¡Es hora de actuar! *(Gritando hacia el dormitorio.)* ¡Hijito, está servido!... *(ELLA se sienta y empieza a poner mantequilla a una tostada. Pausa. Más fuerte.)* ¡Está servido!!!...

*(Entra EL terminando de arreglarse la corbata. Lleva la chaqueta en la mano. Parece tener prisa. ELLA aumenta el volumen en el transistor, que sigue transmitiendo «Jazz».*

*EL se sienta y abre el periódico.*

*El «Jazz» se escucha muy fuerte. EL deja el periódico y le habla a ELLA, pero sólo se ve el movimiento de sus labios porque la música impide oír lo que dice. Este juego monológico del que no se escucha una palabra dura un rato.)*

ELLA.—*(Gritando.)* ¡No te oigo nada! ¿Qué dices?

EL.—*(Gritando.)* ¡Qué cortes sea radio!

ELLA.—*(Gritando.)* ¡Egoísta!

(ELLA se pone un audifono en un oído y lo conecta al transistor. La música deja de oírse. Ahora las voces son normales.)

EL.—El veneno, por favor. (ELLA no lo oye.) Un poco de café, querida. (ELLA lo hace callar con un gesto. Evidentemente está concentrada en lo que escucha a través del audifono. Intrigado.) ¿Qué dice?...

ELLA.—(Con tono misterioso.) Es el pronóstico.

EL.—¿De qué?

ELLA.—(Casi confidencial.) Del tiempo.

EL.—(Un poco irritado.) ¿Y qué dice?

ELLA.—(Escuchando primero.) «... nubosidad parcial en el resto del territorio...»

EL.—(Asombrado.) ¿Es posible?

ELLA.—Parece increíble, pero es así.

EL.—¿Me das café, querida? (ELLA toma la cafetera, pero en vez de servirle café empieza a seguir con ella el compás de una música que se adivina por la cara absorta y los ojos en blanco. EL, distraído con el periódico, no se ha dado cuenta de que no le ha servido café. Revuelve tranquilamente en su taza vacía.) ¿Qué estas escuchando?

ELLA.—«Desayuno en su hogar». Consejos para comenzar la jornada. (Escucha primero y luego habla.) Hoy es el feliz aniversario de la revolución sangrienta de octubre... Iniciemos, pues, la jornada con optimismo y energía... Respiremos hondo... (ELLA respira hondo)... y digamos: «Hoy puedo hacer el bien a mis semejantes...»

EL.—(Que no la ha escuchado.) Sírveme el desayuno.

ELLA.—«Pensando en los demás nos libraremos de nuestras propias preocupaciones...»

(ELLA se pone de pie y empieza a mover la cabeza en forma rotatoria y luego echa los hombros hacia adelante y hacia atrás y mueve las manos como epiléptica.)

EL.—(Alarmado.) ¿Estás bien?

ELLA.—Uno..., dos..., uno..., dos...

EL.—(Golpeando la mesa y lanzando un grito.) ¡El café!

ELLA.—(Sobresaltada.) ¡Ay!... Es a ti al que te hace falta la gimnasia de relajación. La mejor relajación es el revolcarse lentamente por el suelo, primero sobre la nalga izquierda y luego sobre la nalga derecha. Debe ser delicioso... ¿Quieres probar?

EL.—Quiero probar el café. ¡Sírveme inmediatamente! Estoy retrasado. (ELLA da un suspiro y se saca los audifonos.)

ELLA.—Hoy debo hacer el bien a mis semejantes... ¿Quieres leche, hijito?...

EL.—¡No me llames hijito!... Y mientras me ofreces leche. Es repugnante.

ELLA.—Te gustaba hace muy poco tiempo.

EL.—¿La leche?... Por supuesto.

ELLA.—(Mohína.) Te gustaba que te llagara así.

EL.—Hace años cuando nos casamos. Ahora he crecido... y envejecido.

ELLA.—¿Cómo quieres que te llame entonces?

EL.—Por mi nombre.

ELLA.—Es raro pero lo olvidé. Juraría que terminaba en o... Te he dicho que me lo apuntes en la libreta de los teléfonos. (ELLA de pronto levanta la vista y mira hacia el público. Se sobresalta.) ¡Cierra las cortinas que nos están mirando!

EL.—Nos gusta. Somos exhibicionistas... Y aprovechando la oportunidad voy a decir algunas palabras... (Directamente al público.) Como presidente del Partido Familiar Cristiano Unido, he reiterado en muchas ocasiones que la madurez cívica se expresará repudiando a los demagogos profesionales. Así se robustecerá aún más nuestro sistema de convivencia que es el reflejo del pacífico equilibrio individual y familiar...

ELLA.—(Interrumpiéndolo y leyendo en la revista femenina.) «Aplique al matrimonio técnicas nuevas...»

EL.—(Indiferente.) ¿Divulgación erótico-científica?

ELLA.—Capricornio.

EL.—¿Qué?

ELLA.—Capricornio. Es el horóscopo. Mi signo es Capricornio: «Aplique al matrimonio técnicas nuevas. El amor conyugal no debe ser ciego. La lucidez no le hace mal a ninguna esposa razonable. Saturno, el director de su vida, estará sirviendo de apoyo a Júpiter. Usted está capacitada para desarrollar un activo intercambio social. El primer día de la semana estará brillante e imaginativa...» (Encantada con el descubrimiento.) ¡Hoy estoy brillante e imaginativa!

EL.—(Leyendo.) «Por viajar al extranjero, vendo muebles de comedor fino, casi nuevos, camas y colchones.»

ELLA.—(Que no ha levantado la vista de la revista.) No sabía que te ibas al extranjero, pero no permitiré que vendas los colchones por ningún motivo. El comedor me da lo mismo.

EL.—(Distraído.) A mí también. Dejaremos los colchones... (Reaccionando.) ¡Pero si yo no voy a viajar!

ELLA.—Pensé que te ibas de casa.

EL.—¿Por qué lo dices?

ELLA.—Ultimamente estás haciendo cosas muy sospechosas... Por ejemplo, ayer te cortaste el pelo.

EL.—Fue un error. Entré creyendo que era una farmacia. Lo peor de todo es que me lo dejaron demasiado corto.

ELLA.—(Sin levantar la vista de la revista.) Déjame ver... No, me parece que está bastante bien.

EL.—(Aliviado.) Me quitas un gran peso de encima. (EL vuelve a enfrascarse en su diario.)

ELLA.—¿Cuál es tu signo?

EL.—Una maquinita... ¡Qué ingenioso! «Una maquinita, apenas del tamaño de una caja de zapatos para cortarse las uñas sin tijeras...»

ELLA.—¡Tu signo astral!... Ah, ya sé: Sagitario, los nacidos entre el 1 de enero y el 31 de diciembre... «Se le reprochará estar distante. Es verdad que el cielo no favorecerá sus sentimientos, pero usted puede aportar mayor pesimismo. Semana beneficiosa para arreglar litigios en suspenso. Estará obligado a aceptar una asociación con personas que le aburren y no lo satisfacen. Existe el peligro de superficialidad espiritual, frivolidad y engreimiento. Pensamientos depresivos oscurecerán su rostro...» (Dejando de leer) ¡Déjame ver!...

(EL tiene su rostro enteramente cubierto con el periódico. ELLA hace esfuerzos por verle la cara.)

ELLA.—No te veo... ¿Dónde estás?

EL (Leyendo en el periódico y sin mostrar la cara.) «Masacre en el Vietnam.»

ELLA.—¿Qué?

EL.—«Masacre en el Vietnam.»

ELLA.—Esa película es de reestreno y está pésimamente doblada. ¡Me encantan las películas de guerra! Son tan instructivas.

EL.—(Bajando el periódico y mostrando la cara.) ¡Le dan demasiada publicidad a estas películas! Y uno ni se entera de lo que pasa en el mundo. (Tomando la mantequilla.) ¿Quieres mantequilla?

ELLA.—(Con rencor.) Lo dices a propósito para martirizarme. Sabes que eso me engorda.

EL.—No comes científicamente. Eso es todo.

ELLA.—Tú siempre lo sabes todo. Comes científicamente, pero se te saltan los botones en la barriga.

EL.—¿Sabes cuál es el animal más fuerte y mejor alimentado?... La hiena. Supongo que no tendré necesidad de explicarte lo que come: come carne podrida al igual que las demás fieras porque así ya está medio digerida. Es un hecho comprobado.

Así se han podido conservar vivas y sonrientes a las hienas.

ELLA.—¿Te parece que todo esto tiene algo que ver conmigo?

EL.—Todo depende del punto de vista.

ELLA.—(Leyendo en la revista femenina.) «Los huevos y vuestro hígado» o «La importancia de los huevos en la vida de la mujer».

(De pronto EL, que también se ha enfrascado en el periódico, lanza una exclamación.)

EL.—¡Por fin!

ELLA.—¿Qué pasa?

EL.—(Leyendo.) «Señorita extranjera, francesa, busca habitación amueblada con desayuno.»

(Se levanta con rapidez y va hacia el teléfono.)

ELLA.—¿La conoces?

EL.—(Con el teléfono en la mano y disponiéndose a marcar.) No, pero pensé que podíamos arrendarle el cuarto de invitados.

ELLA.—Sabes perfectamente que no tenemos cuarto de invitados.

EL.—En mi despacho se podría poner una cama.

ELLA.—Sabes perfectamente que no tienes despacho.

EL.—¿Y en nuestro dormitorio, con un biombo?

ELLA.—Es demasiado pequeño.

EL.—¿Y en nuestra cama?

ELLA.—Apenas cabemos nosotros.

(EL cuelga el teléfono y se sienta nuevamente a la mesa.)

EL.—Es verdad. Aunque no puedes negar que habría sido un ingreso extra. ¡Claro que tú siempre te opones a disminuir los gastos! (Soñador.) Además..., ¡era francesa!

ELLA.—¿Y qué tiene que ver que sea francesa?

EL.—(Confuso.) Bueno..., tú sabes... Francia es... lo desconocido. Lo que uno ha soñado siempre. El país de los tams-tams, las criadillas al jerez y las flores de loto.

ELLA.—(Seca.) No armonizaría con nosotros. Nuestros muebles están en la nueva línea danesa.

EL.—Esos serán tus muebles. Los míos son de estilo español.

ELLA.—¡Arcaico!

EL.—¡Antiséptica!

ELLA.—¡Morboso!

EL.—¡Escandinava!

(Silencio corto. EL bebe su café.)

ELLA.—(*Siniestra.*) El café no está como todos los días, ¿verdad?

EL.—(*Abatido.*) Teresa, cuando acabas de levantarte das miedo. ¿Es que no alcanzas siquiera a lavarte la cara?

ELLA.—Por favor, no nos pongamos románticos, cariñito. Acuérdate que hoy es mi día de lucidez mental, según mi horóscopo.

EL.—Entonces es quizás el momento de hablar con franqueza y sin hipocresías.

ELLA.—¡Oh!...

EL.—(*Decidiéndose.*) Voy a decirte algo que me tortura.

ELLA.—(*Comiendo con la boca llena y leyendo su revista.*) Estoy pendiente de tus palabras.

EL.—Hace algunos días que piensa en eso sin parar. Tal vez sea chocante confesarlo así, pero estoy decidido.

ELLA.—Sea lo que sea seré indulgente.

EL.—(*Buscando las palabras.*) Es verdad que somos marido y mujer y que me he acostumbrado a vivir contigo. Todo parecía estar bien, pero de pronto, un día cualquiera, algo surge en tu camino que lo trastorna todo. Entonces se te entibia el corazón y empiezas a mirar todo de otra manera. Uno, claro, lucha y se resiste. Nada debe turbar la paz que se ha conseguido, pero no, ¡al fin el sentimiento triunfa y te encuentras atrapado! (*EL se ha sentado en la mecedora.*)

ELLA.—Dilo de una vez.

EL.—Creo...

ELLA.—¿Sí?...

EL.—Creo que estoy empezando a enamorarme.

ELLA.—(*Comiseración.*) Pobre.

EL.—Créeme que me he resistido hasta lo último.

ELLA.—¿Y de qué mujerzuela, si se puede saber?

EL.—¡No la llames así!

ELLA.—¿Por qué? ¿De quién te has enamorado?

EL.—(*Vacilante y tímido.*) De... ti.

ELLA.—¡Qué tontería!

EL.—No es una tontería. Todos los días mientras leo el periódico durante el desayuno pienso en ti. Cuando vamos por la calle te miro por el rabillo del ojo. Es enteramente absurdo, pero me gustas mucho.

ELLA.—¡Vicioso! ¿No te da vergüenza enamorarte de tu mujer? ¡Rebajarse hasta ese punto! Olvidalo que yo también lo olvidaré. (*ELLA empieza a acunarlo moviendo la mecedora.*)

(*ELLA canta una canción de cuna. EL parece un inválido o un niño pequeño.*)

EL.—(*Sincero.*) Me costará olvidarte.

ELLA.—Piensa en otra cosa, hijito, piensa en otra cosa.

EL.—(*Con cara estúpida.*) ¿En qué?

ELLA.—En cualquier cosa..., en la vecina gorda.

EL.—Ya pensé en ella anoche mientras me desnudaba. Ya pensé en todos los temas que hemos elegido para hoy.

ELLA.—Piensa en el colesterol.

EL.—¿Qué es el colesterol?

ELLA.—Un insecticida.

EL.—¿Un insecticida?... Pero si viene en «shampoo».

ELLA.—Si viene en «shampoo» es para el dolor de cabeza.

EL.—(*Pensando en forma concentrada.*) ¡Colesterol! ¡Colesterol! ¡Colesterol! ¡Co-les-te-rol!... (*Levantándose de la mecedora desanimado.*) Es inútil. Tú eres la única persona. Lo sé. Significas mucho más para mí que el colesterol. Eres diferente. ¡No eres como todas!

ELLA.—(*Leyendo en la revista femenina.*) «¿Es usted como todas..., sin iniciativa? Siga el ejemplo de Dora Zamudio, hasta hace poco modesta empleada en una corsetería, gana hoy veinte mil pesetas mensuales como laboratorista de cálculos biliares. Nuestro sistema la capacita para progresar y ser alguien. He aquí la lista de nuestros cursos: Control mental, Respiración vibratoria, Elocuencia sagrada, Inseminación artificial, Personalidad radical, Taquigrafía elástica, Inglés al tacto, Recuento hormonal. ¡Y 35 especialidades femeninas! ¡El destino es para la mujer independiente! ¡Inscribese hoy mismo!» (*Reflexiona.*) Me gusta el curso de Control mental. Yo puedo concentrarme extraordinariamente. Ayer terminé tres crucigramas en la misa de doce... Concéntrate tú también para que me trasmitas tus pensamientos...

(*ELLA cierra los ojos en forma patética, como una médium. EL, sin advertirlo, mira fijamente al público y habla en forma desolada.*)

EL.—Señor director, hace mucho tiempo que deseaba dirigirme a usted para manifestarle el estado de desconcierto e inquietud que me produce el pasar frente al parque, el sector comprendido entre la plaza y la estación. He observado con creciente temor que cada día desaparece algo. Hoy es el buzón, mañana las rejillas del alcantarillado o un árbol, pero sobre todo, señor director, están desapareciendo las parejas de enamorados que daban esos inmorales ejemplos. ¡Es una lástima! Me dirijo a usted para solicitarle haga llegar mi voz a las autoridades.

ELLA.—(*Aún con los ojos cerrados y haciéndole callar con una*

voz de médium.) ¡Schtt...! Haré lo que pueda, haré lo que pueda. Aunque me es imposible asegurarle nada.  
 EL.—(Volviendo a la realidad.) Dame más café.

(ELLA, al moverse de sitio, ha conseguido ponerse detrás de él y coloca sus manos extendidas sobre la cabeza de EL, como si fuera una bola de adivina.)

ELLA.—(Aún con los ojos cerrados.) ¡Qué asco!... Ahora veo todo claro. ¡Sí, ahora veo por qué querías alojar aquí a la francesa!

EL.—(Leyendo.) «Monito tití, muy habilidoso, especial para donde hay niños, vendo...» Podríamos tener niños, Consuelo. Se podrían comprar cosas tan divertidas. Figúrate, tener un monito tití. Tendremos que pensar en eso cuando decidamos no tener niños.

ELLA.—(Indiferente.) Sabes perfectamente que no me llamo Consuelo. (Abriendo los ojos.) Creo que el Control mental no es mi fuerte. Me cansa. Buscaré otro curso por correspondencia. (Hojea la revista buscando otro curso.)

EL.—(Ofreciendo.) ¿Más café, querida?

ELLA.—Con dos terrones, por favor.

EL.—¿Con crema o sin?

ELLA.—Eso es en las películas, mi amor.

EL.—¿Qué cosa?

ELLA.—La crema.

EL.—¿Qué crema?

ELLA.—La que me acabas de ofrecer.

EL.—¿Yo? ¿De qué estás hablando?

ELLA.—De la crema.

EL.—¿La crema para la cara?

ELLA.—¿De qué cara? Yo no uso crema.

EL.—Yo tampoco.

ELLA.—¿Y la de afeitarse?

EL.—Eso es jabón.

ELLA.—Pero muy bien que te sirve.

EL.—Bueno, de servir sirve..., como las arañitas en el jardín.

ELLA.—¿Para qué?

EL.—Se comen los insectos dañinos.

ELLA.—Ya nadie cree en eso..., es como las ventosas.

EL.—¿Qué tiene que ver las ventosas con el jardín?

ELLA.—Espérate un poco... ¿De qué estábamos hablando?

EL.—No sé.

(Los dos comen un momento silenciosamente. ELLA, de pronto, da un grito.)

ELLA.—¡Era acerca del jabón de afeitarse!

EL.—¿El qué?

ELLA.—De lo que hablábamos.

EL.—No creo. Es un tema idiota. (Un silencio tenso.)

(ELLA en su revista. EL en su periódico.)

ELLA.—(Leyendo.) «Nuevas ideas para esta semana: ¿qué hacer con esta incómoda buhardilla que nadie ocupa?»

(ELLA se pone de pie y mira despectivamente el rincón de EL con los muebles estilo español.)

EL.—(Leyendo.) «Ocasión única. Vendo por viaje...»

ELLA.—(Continuando con lo anterior.) «...basta ingenio, tres rollos de papel y un tarrito de esmalte...»

EL.—(Mirando los muebles de ELLA.) «...muebles funcionales nórdicos casi nuevos...»

ELLA.—«Empezaremos por quitarle las telarañas...»

EL.—«...un transistor de frecuencia inmoderada y un cajón de sopa en polvo.»

ELLA.—(Repentinamente lúgubre.) ¡Polvo somos y en sopa en polvo nos convertiremos!... ¿Tienes algo grave sobre tu conciencia?

EL.—(Sin levantar la vista del periódico.) No, pero tengo en el Consultorio sentimental cartas para Madre afligida y Flor Silvestre... «¿Quieres vivir intensamente junto a un alma tier-na? Escríbeme a Lista de Correos. Ojalá seas independiente, apasionada, sin prejuicios, con buena posición económica y buen físico. Fines absolutamente serios y apostólicos.

Firmado, Pepe.»

ELLA.—(Con sencillez.) Yo firmo siempre: Esperanzada.

EL.—Usted no tiene prejuicios, ¿verdad?

ELLA.—¿Me hace esa pregunta con fines serios?

EL.—(Triste.) Soy un Pepe solitario.

ELLA.—Por ahora no puedo contestarle nada. Escríbeme a Lista de Correos.

EL.—Es una buena idea. Me gustaría conocerla.

ELLA.—Diríjala simplemente a «Esperanzada».

EL.—(Escribiendo en un papel.) «Esperanzada: Desconociendo su nombre me veo en la necesidad de imaginármelos todos. Su aviso ha sido un grito en medio de mi rutina gris. Tengo la impresión de que nos complementaremos para siempre. Si tiene algún defecto visible o una enfermedad invisible, le ruego me lo advierta. Es indispensable enviar foto. Yo, feúcho,

pero dicen que simpático y sin compromisos. La saluda respetuosamente y lleno de ansiedad,

*Pepe solo.»*

*(Ambos están de cara al público. EL dobla la carta y se la desliza a ELLA subrepticamente, como haciendo un acto inmoral. ELLA la toma de la misma forma. La lee ansiosamente y luego ambos dialogan sin mirarse, como separados por una gran distancia.)*

ELLA.—No quiero aventuras. Busco un alma gemela.  
 EL.—Soy un industrial extranjero que quiere echar raíces.  
 ELLA.—Prometo comprensión.  
 EL.—Reunámonos pronto.  
 ELLA.—No soy una mujer de un día.  
 EL.—Tengo cultura casi universitaria.  
 ELLA.—Hay tanto melón podrido en el mundo.  
 EL.—Sobre eso le prometo absoluta reserva.  
 ELLA.—¿Y cómo nos encontraremos?  
 EL.—Estaré con la cabeza inclinada frente a la tumba del soldado desconocido.  
 ELLA.—*(Con angustia.)* ¿Y si no nos reconocemos jamás? ¡Llevemos una señal inconfundible!  
 ELLA.—Yo llevaré una orquídea que masticaré disimuladamente.  
 EL.—*(Con entusiasmo.)* ¡Yo lo dejaré estacionado en dirección prohibida!  
 ELLA.—¿El qué?  
 EL.—Mi abuelo paralítico.  
 ELLA.—*(Intensa.)* ¡Escríbeme a Lista de Correos!  
 EL.—*(Intenso.)* ¡Escríbeme a Lista de Correos! *(Después de una pausa y rompiendo el clima de intensidad romántica, EL arruga la hoja del periódico y la tira al suelo con desesperación.)* Todo es inútil. El periódico no es de hoy. Es de pasado mañana...  
 ELLA.—*(Arrugando la carta y tirándola al suelo.)* ¡Ah, si la hubiera contestado ayer!...  
 EL.—¡Ah, si pudiéramos alquilarle a alguien el cuarto de invitados! *(EL se desplaza distraídamente por el escenario. Se encuentra con el gramófono y acaricia suave y largamente la enorme bocina. Tararea casi para sí el inicio del tango «Yira-yira», y luego canta suavemente los dos versos:)*

«Buscando un pecho fraterno  
 para morir abrazao...»

*(Con un disco viejo en la mano EL le habla a ELLA.)* ¿Bailamos este tango, cariño?... Para nosotros dos nada más.

ELLA.—Obsceno.  
 EL.—¿Por qué?  
 ELLA.—El tango no es un baile. Es casi una cosa fisiológica.  
 EL.—Gardel ha muerto. No nos verá nadie.  
 ELLA.—No echés tierra sobre tu conciencia. Hay un gran ojo que nos mira.  
 EL.—*(Suplicando.)* ¡Hazlo por mí!  
 ELLA.—Lo único que puedo hacer por ti es guardar un minuto de silencio.  
 EL.—*(Cantando suavemente y desilusionado.)*

«No esperes nunca una mano,  
 ni una ayuda,  
 ni un favor...»

*(EL se sienta de nuevo a la mesa. Pausa larga. ELLA le observa fijamente.)*

ELLA.—*(Muy cariñosa.)* Amorcito...  
 EL.—¿Sí, mi amor?...  
 ELLA.—Por favor...  
 EL.—¿Sí?...  
 ELLA.—Fíjate un poco más.  
 EL.—¿En qué?  
 ELLA.—No ensucies el mantel.  
 EL.—¡No me lo digas todos los días!  
 ELLA.—*(Subiendo el tono.)* ¡No hagas ruidos al comer!  
 EL.—¡No hagas sonar la cucharilla!  
 ELLA.—No mojes el azúcar!  
 EL.—¡No frunzas las cejas al morder las tostadas!  
 ELLA.—¡No arrastres los pies!  
 EL.—*(Gritando.)* ¡No leas en la mesa!  
 ELLA.—*(Gritando.)* ¡No grites!  
 EL.—¡No me escupas!  
 ELLA.—*(Aullando.)* ¡No voy a permitir groserías en mi propia casa!  
 EL.—*(Aullando.)* ¡No voy a consentir que me humilles delante del perro! *(Ya no se les entiende nada porque gritan a la vez sin darse respiro. Casi ladran. Bruscamente ambos se callan. Ahora bruscamente inician los gritos simultáneos y vuelven a callarse. Silencio cargado de tensión. Cada uno se enfrasca en su lectura. Leyendo.)* «Jaulas individuales, las mejores y más recomendables con bebedores irrompibles Rosatex.»  
 ELLA.—*(Molesta.)* No necesitamos eso.  
 EL.—Quizá sí.  
 ELLA.—¿Lo dices por nosotros?



EL.—(Candoroso.) Pensé que sería bueno que tuviéramos huevos frescos en casa.  
 ELLA.—¿Y qué tienen que ver las jaulas?  
 EL.—He oído decir que los huevos se sacan de ahí.  
 ELLA.—¡Pero hijito, yo creo que tú!...  
 EL.—(Gritando enfurecido.) ¡No me llames más «hijito» o me hago pis aquí mismo!  
 ELLA.—(Picada.) Podrías comprar una de esas jaulas para ti.  
 EL.—(Picado.) Estaría seguramente ocupada por tu madre que necesita urgentemente una.  
 ELLA.—(Furiosa.) ¡Grosero! ¡Límpiate la boca antes de hablar de mamá!  
 EL.—Sí, sería exactamente eso lo que tendría que hacer, pero después de haber hablado de tu mamá, sólo que esta mañana no pude encontrar mi cepillo de dientes.  
 ELLA.—(Sonriendo en forma automática.) «¿Encías carcomidas?... ¡Dentol después de las comidas!...»  
 EL.—(En forma automática.) «¡El dentífrico con gustito a «whisky» escocés!»  
 ELLA.—«Yo, como Susan Hayward y miles de artistas de Hollywood, sólo uso... dentadura postiza!»  
 ELLA Y EL.—(Al unísono cantan un «jingle».)

Un centímetro basta  
 en cepillo familiar,  
 con la misma pasta  
 rinde mucho más...

EL.—(Reaccionando.) ¡Sólo dije que no me pude lavar los dientes esta mañana!  
 ELLA.—Eres un descuidado. (ELLA abre la revista femenina y lee.) Mira lo que dice miss Helen, «la amiga de la mujer frente al espejo...» (Leyendo.) «El cutis, el cabello, la dentadura, cualquiera que sea nuestro rasgo más hermoso empezamos desde ahora por darle ese toque justo de arreglo extra que hechiza. Sobre todo, mantenga pulcramente los dientes libres del sarro, la nicotina y las partículas de cerdo o bacalao mediante el uso constante de la soda cáustica. Así su novio dirá:  
 EL.—(Novio fascinado.) ¡Tiene algo indefinible que me atrae!... (Reaccionando.) ¡Basta! Mis Helen no dice lo que hay que hacer cuando el cepillo de dientes de uno se ha perdido.  
 ELLA.—(Candorosa.) Se lo podemos preguntar. Le escribiré a miss Helen. Ella devuelve hasta la virginidad.  
 EL.—¡No! Quiero que tú me digas dónde está mi cepillo.  
 ELLA.—(Con amable condescendencia.) Pero amorcito..., ¿dónde

va a estar? En el lugar de siempre: tirado en cualquier parte.  
 EL.—Hoy no estaba allí.  
 ELLA.—¿Se te ocurrió pensar que podía estar en el vaso de los cepillos de dientes?  
 EL.—¡No!..., pero tampoco estaba.  
 ELLA.—Extraño. ¿No te lo habrás llevado a la oficina?  
 EL.—¿Para qué?  
 ELLA.—Para escribir a máquina.  
 EL.—Tengo otro allí para eso.  
 ELLA.—Entonces, no entiendo. ¿Quieres que vaya a ver?  
 EL.—Será inútil. Es el colmo que mi único objeto personal, el refugio de mi individualidad, también haya desaparecido.  
 ELLA.—Voy a echar un vistazo. Haz mientras tanto gárgaras de sal. (ELLA echa agua y sal en un vaso y luego sale. EL empieza a hacer gárgaras. De pronto la mujer entra gritando. EL, sobresaltado, se atraganta con el agua salada y tose.) ¡Lo encontré! ¡Lo encontré!... ¡Aquí está!

(Con cara compungida muestra un cepillo de dientes atrocemente inutilizado con pintura blanca para zapatos.)

EL.—¡¡No!!  
 ELLA.—(Timidamente.) Sí, lo usé ayer para blanquear mis zapatos.  
 EL.—(Espantado.) ¿Qué?  
 ELLA.—(Confundida.) Mis zapatos..., mis zapatos blancos necesitaban con urgencia una manita..., una manita de algo y...  
 EL.—¡Y no encontraste nada mejor que inutilizar mi cepillo!  
 ELLA.—No. Traté primero de usar la brocha de afeitar, pero hacía espuma.  
 EL.—(Furioso.) ¡El que va a echar espuma por la boca soy yo!  
 ELLA.—(Ingenua.) Pero si las gárgaras eran de sal.  
 EL.—(Patético.) Esta es la atroz realidad: en mi casa no hay un cepillo de dientes. Parece absolutamente increíble, pero es así. (Mientras EL habla hacia el público derrochando lástima de sí mismo, ELLA ha salido un momento hacia el baño.) Quiero empezar mis deberes en forma cristiana, pero no... ¡El cepillo de dientes de uno se ha perdido! Yo trabajo todo el día como una bestia y cuando al final de la jornada llego a mi casa buscando alguna distracción, como es lavarse los dientes o tejer un poco... ¡Nada, no es posible! ¡O le han usado el cepillo a uno o le han escondido el tejido!... Yo comprendo que no todo ha de ser juerga en la vida. No. Si no es que pretenda lavarme los dientes todos los días. No, no...!, pero un día de fiesta es un día de fiesta y hasta los monjes trapenses se permiten esta clase de esparcimiento!

Pero para mí, no. Para mí no está permitido. Debo tragar salmuera y ocultar mis dientes pudorosamente... Casi es un problema de dignidad humana. ¡Hasta las hienas sonrían sin temor!

(*ELLA ha entrado con expresión triunfante llevando otro cepillo de dientes.*)

ELLA.—(*Encantada con la idea.*) ¡Pero si hay un cepillo!

EL.—¿Cuál se puede saber?

ELLA.—(*Triunfante.*) El mío. Fue el regalo de boda de mi padre.

EL.—¡No pretenderás que me lave los dientes con *tu* cepillo!

ELLA.—¿Qué tendrías de particular? Somos marido y mujer.

EL.—Eso no tiene nada que ver. No digas tonterías.

ELLA.—No es una tontería. Es el matrimonio. La compartición de todo: dolor, angustia, alegría ¡y cepillos de dientes!... ¿Acaso no nos queremos?

EL.—No hasta ese extremo.

ELLA.—(*Llorosa.*) ¡Es lo último que creí que iba a escuchar! (*Hacia el público.*) Claro..., puede compartir nuestro dormitorio con una francesa, pero no puede compartir un inofensivo implemento doméstico con su mujer...

EL.—(*Terco.*) Quiero tener mi propio inofensivo implemento doméstico.

ELLA.— No decías eso cuando eramos novios.

EL.—(*Hacia el público.*) Nunca prometí compartir su cepillo cuando eramos novios.

ELLA.—Lo habrías hecho. Me querías.

EL.—No se trata de eso. Se trata de higiene.

ELLA.—(*Lastimera.*) Cuando yo me lastimaba un dedo no pensabas en la higiene. Me lo chupabas y me decías: «Sana, sana, culito de rana...»

EL.—Me cansa..., me cansa oírte, Mercedes.

(*EL, lleno de desesperación, se mete debajo de la mesa hasta desaparecer completamente cubierto por el mantel que llega al suelo. ELLA va hacia la mesa y golpea con los puños sobre la cubierta.*)

ELLA.—Te prohíbo que me llames Mercedes... Te prohíbo que me llames de ninguna manera...

EL.—(*Hablando debajo de la mesa sin que se le vea en ningún momento.*) Puedo arreglármelas para no mirarte, pero tengo que oírte. Es cierto que tú tienes tus audifonos y yo tengo mis discos viejos, pero así y todo ¡te oigo! El único lugar

en que encuentro un poco de soledad es en el cuarto de baño. Aquí reina el desodorante y los polvos de talco. Todo es funcional, preciso. Aquí no puedes entrar..., ¡pero has entrado y me has robado mi cepillo de dientes!

ELLA.—(*Repentinamente mirando hacia el público.*) ¡Cierra las cortinas que están escuchando todo!

EL.—(*Asomando la cabeza por debajo del mantel.*) Me importa un bledo que oigan todo. Para eso pagaron.

ELLA.—Si quieres soledad, quédate en tu querido retrete... ¡Yo me iré a casa de mi mamá!

EL.—No te pongas melodramática. Sabes perfectamente que tu madre vive con nosotros.

ELLA.—(*Gritando.*) ¡No lo soporto más! ¡Te odio! ¡Estoy harta de aguantar la marca de tus cigarrillos y el ruido de tus tripas cuando tomas Coca-Cola! ¡Vete! ¡Jamás podremos seguir viviendo como antes!

EL.—Pequeña mujerzuela histérica.

ELLA.—¡Sádico!

EL.—¡Orgánica!

ELLA.—¡Muérdago!

EL.—¡Mandrágora!

ELLA.—¡Tóxico!

EL.—¡Crustáceo!

ELLA.—Voy a empezar a gritar...

EL.—¡Grita y revienta!...

(*ELLA empieza a gritar como una loca. EL sale de debajo de la mesa y se pone de pie enfurecido.*)

EL.—¡Cállate, Marta!... (*EL se acerca a ELLA. Toma de la mesa el transistor y con un rápido movimiento pasa la larga correa de la radio por el cuello de la mujer. Mientras la estrangula murmura:*) ¡Esperanzada!...

(*Luego empieza a apretar hasta silenciarla. La mujer cae al suelo. El hombre la mira un momento. Está jadeando. Luego la toma de las axilas y la arrastra dificultosamente en dirección al dormitorio. Un momento el escenario vacío. Aparece EL. Ya no jadea en absoluto. Silba un tango. Trae en la mano una corbata negra. La mira reflexivamente y se quita la de color que lleva puesta cambiándola por la de luto. Silba una melodía. Se sienta y se sirve más café. Mientras lo bebe lee en voz alta los titulares de un periódico de formato más pequeño que el anterior.*)

EL.—«Colegiala vejada por siniestro profesor de Educación Física...» «Dos actores golpean violentamente a nuestro crítico

teatral...» «Una mujer estrangulada con un...» *(Presta más atención a esto último y sigue leyendo.)*

EL.—«Una mujer estrangulada con un transistor por marido furioso...» Fue encontrado ayer el cadáver de una bella mujer ultrajada cobardemente. Presentaba huellas evidentes de haber sido estrangulada con la correa de cuero de un transistor. La situación se presenta bastante confusa a pesar de su aparente sencillez. Estos son los hechos: a las 8.30 de la mañana la mujer que hacía el aseo en el apartamento y que dice llamarse Antona, tocó el timbre repetidas veces. Al no abrirle nadie usó su propia llave y entró. Preguntó si había alguien en la casa para no importunar y oyó una voz que le decía: «Pasa, Antona...» Encontró al señor preparándose una tostada y en el dormitorio el cadáver de la pobrecita. Las declaraciones que hizo el marido a la policía fueron confusas... *(EL deja el diario y habla directamente al público. Se suelta el cuello y la corbata y adopta el aire fatigado de un acusado en un interrogatorio policial.)* Sí, la maté. La persona que está tirada en el dormitorio es la que yo maté. Y sé muy bien por qué lo hice. Ustedes habrían hecho lo mismo al descubrir a un extraño adueñándose de vuestra casa, desde el pijama hasta el cepillo de dientes. ¿Sabían ustedes, señores?... Ella estaba en todas partes. Inexplicablemente la encontraba en la mesa al desayunar, comiéndose mis tostadas; en el espejo, al afeitarme, encontraba su cara poniéndose crema o depilándose una ceja. La sorprendía en la tina de baño. Me despertaba en la noche y la encontraba en mi cama. Era algo irritante. Pero, señores y señoras... ¿A quién maté? ¿A la mujer del espejo? ¿A la desconocida que encontraba algunas veces en mi cama o a la que se parecía tanto a la mujer con quien me casé hace cinco años? ¿La mujer de la radio a transistores? ¿La mujer de quien me estaba enamorando ahora? ¿O, tal vez, era Esperanzada, a quien había escrito a Lista de Correos?... No lo sé. Me dan miedo los extraños. La promiscuidad me horroriza y lo que estaba ocurriendo, como encontrar por las mañanas mi dentadura postiza dentro de la zapatilla de levantarse de una mujer desconocida, fue superior a mis fuerzas. Ustedes han visto: mis discos de Gardel se llenan de polvo porque ella se negaba a bailar tangos. Yo puedo llorar horas enteras escuchándolos. Pero ella no. Ella sólo sufría con el Cuarteto de «Jazz» Moderno. ¿Qué se puede hacer cuando a una persona el bandoneón la pone nostálgica y a otra sólo la trompeta?... ¿Si dos personas no pueden llorar juntas por las mismas cosas, qué otra cosa pueden hacer?... ¡Ustedes tienen la palabra,

señores! Pero recuerden que todos, todos tenemos un cepillo de dientes...!

*(EL se vuelve a sentar y a anudar la corbata. Adopta el aspecto anterior, despreocupado casi sonriente. Toma el periódico y lee en voz alta e indiferente.)*

EL.—«Esas fueron sus declaraciones. La policía piensa que se trata de un caso típico de crimen pasional. Se busca a una tercera persona, posiblemente francesa. Mañana daremos más informaciones.» *(EL deja el periódico.)* ¡Bah! lo de siempre!... Esta prensa sensacionalista se está poniendo morbosa. Es un veneno para el pueblo... En la realidad, la vida es mucho más aburrida.

*(Empieza a echar mermelada en una tostada. Se oye sonar el timbre de la puerta del apartamento. Un silencio. Nuevamente el timbre en forma insistente. Un silencio. Ruido característico de una llave en una cerradura y luego el crujido de una puerta al abrirse. Pasos.)*

UNA VOZ.—¿Se puede?...

EL.—¡Pasa, Antona, el cadáver está en el lugar de siempre!... *(Las cortinas se cierran.)*

FIN DEL PRIMER ACTO

El segundo acto empieza en el mismo momento en que terminó el primero.

EL. con el gesto detenido en el aire y parte de la tostada con mermelada en la boca.

La escenografía se ha invertido, es decir, sobre un eje imaginario ha girado en 180°. Todo lo que se veía a la izquierda está a la derecha y viceversa.

Se escucha el timbre de la puerta. Un silencio. Nuevamente el timbre. Un silencio. Se abre la puerta y se escuchan los pasos de alguien.

UNA VOZ.—¿Se puede?...

EL.—Pasa, Antona, el cadáver está en el lugar de siempre.

*(Entra ANTONA. Es ELLA, sólo que lleva un vestido barato, peluca y pendientes. En sus manos un cubo de limpieza, un estropajo, balletas y un escobillón. ANTONA es decidida y enérgica, aunque ingenua. Deja el cubo en el suelo y se coloca en la cintura una balleta a manera de delantal.)*

ELLA.—Buenos días, señor...

EL.—Buenos días, Antona.

ANTONA.—Para mí nada de buenos, señor... ¡Qué mañana llevo! Lo único que me falta es encontrar un muerto debajo de la alfombra.

EL.—*(Sobresaltado.)* ¿Por qué dices eso, Antona?

ANTONA.—Porque hay mañanas en que uno no sabe que sería mejor: si tomarse una aspirina o cortarse la cabeza.

EL.—*(Indiferente.)* No lo dudes. Córtese la cabeza.

ANTONA.—Empecé por el apartamento 18 y me recibió el señor completamente en cueros. ¡Cúbrase!, le dije, y me gritó: ¡Guárdate tu beatería que hoy tengo una resaca del demonio y huelo a infierno!

EL.—*(Perplejo.)* Antona, dime... ¿Yo huelo a infierno?

ANTONA.—*(Distraída.)* Sí, señor.

EL.—Gracias.

ANTONA.—Luego en el 25 fundí la aspiradora, me resbalé en el jabón y rompí un espejo. La señora se puso histérica.

EL.—Pero luego, gracias a Dios, llegaste aquí.

*(ANTONA limpia activamente el piso con el escobillón.)*

ANTONA.—Sí. Mientras subía la escalera venía pensando: «Por fin llego a una casa decente y tranquila donde esos señores que viven como palomos...»

EL.—¿Estás segura que así viven los palomos?

ANTONA.—Trabajar para gente educada y distinguida me vuelve el alma al cuerpo.

EL.—¿Cómo se consigue volver el alma al cuerpo? *(El se ha quedado inmóvil con la mirada fija en dirección al dormitorio.)*

ANTONA.—¿Se siente bien, señor?

EL.—*(Reaccionando.)* Como un cuerpo glorioso, Antona. Enteramente purificado. Es curioso. Esta mañana me siento tan viudo como el cardenal Richelieu.

ANTONA.—¿Y la señora?

EL.—Requiescat in pace.

ANTONA.—¿Qué dice?

EL.—Que duerme como una muerta.

ANTONA.—No diga eso que trae mala suerte. A veces pasan cosas terribles. Un tío mío, el pobre, se durmió cantando... y amaneció afónico. *(ANTONA pone algunas cosas sobre la bandeja.)* ¿Terminó su desayuno, señor?

EL.—Sí, algo me quitó el apetito.

ANTONA.—Entonces voy a llevarle el desayuno a la señora.

*(ANTONA se dispone a dirigirse al dormitorio. EL se levanta y se interpone entre ella y el dormitorio.)*

EL.—¡No la molestes ahora! No conseguirás que trague nada. *(Quitándole suavemente la bandeja de las manos.)* Lo estropeas todo con tu prisa. Por eso te resbalas en el jabón y rompes los espejos... *(Acercándose mucho a ella.)* Parece que huyeras de algo. Lo peor de todo es huir, aunque se haya asesinado a alguien... No corras todo el día, Antona. Eso sube la tensión. Hay tiempo para todo. *(EL le pone una mano en la cintura.)* Me gustó eso que dijiste de «vivir como palomos». Repítelo otra vez. ¿quieres?... *(ANTONA se separa de él.)*

ANTONA.—*(En voz baja.)* ¡Ya, pues, no se ponga cargante que la señora puede venir!

EL.—*(Sonriendo.)* No vendrá.

ANTONA.—Claro, siempre dice eso. Tendría que estar muerta para no escuchar las carreras y los gritos que doy todas las mañanas para librarme de sus agarrones.

EL.—Antona, eres bastante tonta, pero tienes un encanto animal.

ANTONA.—*(Feliz.)* ¿De veras?...  
EL.—Lo juro. ¿Estás enamorada?  
ANTONA.—¿Qué es eso?  
EL.—¿Quieres decir que no has oído hablar del amor?  
ANTONA.—*(Perpleja.)* Me sueña.  
EL.—No es posible.  
ANTONA.—Palabra.  
EL.—Pero Antona, si es tan importante, o incluso más, que la laca para el pelo, los supositorios y los cupones premiados.  
ANTONA.—¿En serio?  
EL.—Por supuesto. Eso se lo enseñan a uno en la escuela de párvulos.  
ANTONA.—Lo que pasa es que una no ha estudiado.  
EL.—¡Pero si basta abrir las enciclopedias! Todo el mundo lo sabe. *(EL va hacia un mueble bajo y coge un grueso libraco.)* Vamos a ver... Amor... Amor: «Afecto por el cual el hombre busca el bien verdadero»... Y no hay que confundirlo, Antona, porque hay muchos. Fíjate: Amor seco: «Nombre que se da en Canarias a una planta herbácea cuyas semillas se adhieren a la ropa», ni tampoco con el Amor al uso: «Arbolillo malváceo de Cuba parecido al abelmosco»... ni muchísimo menos con el «lampazo» ni «el almorejo» ni el «cadillo», planta umbelífera...

ANTONA.—Usted no tiene moral.

EL.—*(Consultando el Diccionario.)* Moral... Moral: «Arbol moráceo de hojas ásperas, acorazonadas y flores verdosas y cuyo fruto es la mora.

ANTONA.—Debería darle vergüenza.

EL.—*(Consultando el Diccionario.)* Vergüenza... Vergüenza: «Turbación del ánimo que suele encender el color del rostro.

Se usa también la expresión «cubrir las vergüenzas» refiriéndose a las partes pudendas del hombre y la mujer.»

ANTONA.—Yo no sé nada de esas cosas.

EL.—Por lo menos deberías saber que las relaciones amorosas se clasifican según su intensidad y sus circunstancias en: condicionales, consecutivas, continuativas, disyuntivas, defectivas, dubitativas, distributivas y copulativas.

ANTONA.—¡Dios mío! ¿Y qué voy a hacer yo que soy anal-fabeta? *(EL le toma nuevamente de la cintura y trata de atraerla hacia sí.)*

EL.—Antona, ¿has tenido amantes?

ANTONA.—¡Y dale con la misma música!

EL.—No te suelto si no me dices la verdad.

ANTONA.—¡Y cómo va a saber una eso de los amantes, digo yo!... Un atracón por aquí, un revolcón por allá, un forrajeo en un portal, eso es todo... Yo no entiendo esas cosas de los amantes.

EL.—¡Pero una mujer siempre sabe... cuando sí y cuando no!

ANTONA.—Yo no, palabra de honor. A mí como si nada. Cuando voy a darme cuenta ya están abotonándose.

EL.—¡Eres completamente idiota e insensible!

ANTONA.—Es que me criaron con leche de burra. Es una porquería, le diré... Yo opino como mi tío que decía que habiendo una mujer cerca, que se lleven las burras.

EL.—No te aflijas, Antona. Yo creo que, a pesar de todo, eres un ejemplar premiado en cualquiera feria.

ANTONA.—Es lo que me decía mi madre: «Antona, nadie te podrá acusar de ser una mala mujer, y eso es mucho decir, pero de ramera tienes bastante.»

EL.—Palabras cariñosas y sabias.

ANTONA.—Voy a despertar a la señora. *(EL intenta tomarla de un brazo y retenerla.)*

EL.—¡No, no, espera!... Tengo que hablar contigo... Han sucedido algunas cosas...

ANTONA.—Déjeme, que usted tiene mucho cuento para todo.

*(EL, instantáneamente, se pone a contar un cuento con tono paternal. ANTONA escucha fascinada.)*

EL.—Este cuento no lo conoces. Es el cuento del rey Abdula, el que perdió su armadura: «Erase una vez un rey que tenía la mala costumbre de comerse las uñas. Un día descubrió que su esposa, la reina, se acostaba con un anarquista adentro de su propia armadura y debajo de su propia cama. Desde entonces dejó de comerse las uñas y empezó a comerse los cuernos»...

ANTONA.—(Fascinada.) ¡Oh!... ¿Y el príncipe?  
 EL.—¿Qué príncipe?  
 ANTONA.—Siempre hay un príncipe.  
 EL.—No había querido hablarte de él por delicadeza, porque este príncipe tenía un vicio secreto: arrastraba la lengua por todo el palacio.  
 ANTONA.—¿Por qué?  
 EL.—¡Era filatélico!  
 ANTONA.—(Con admiración.) ¡Por Dios que sabe cosas! Lo que es la falta de ignorancia de una... (ANTONA vuelve a dirigirse al dormitorio. Nueva interposición de EL.)  
 EL.—¡No entres al dormitorio!  
 ANTONA.—¿Por qué?  
 EL.—Está muy desordenado. Hay cosas tiradas por todas partes en el suelo: mi ropa sucia, mi mujer... en fin, tú sabes, lo que pasa todas las mañanas.  
 ANTONA.—Ese es mi trabajo.  
 EL.—¡Te lo prohíbo, Antona!  
 ANTONA.—Voy a creer que oculta algo.  
 EL.—¿Cómo lo has adivinado?  
 ANTONA.—¿El qué?  
 EL.—Es verdad. Oculto algo y tengo que decírtelo.  
 ANTONA.—¡Lárguelo de una buena vez!  
 EL.—Es difícil de explicar. Siéntante.  
 ANTONA.—¿Otro cuento? ¡Oh, no!... Iré yo misma a enterarme.  
 EL.—(En un grito.) ¡Antona, escúchame! (ANTONA, antes de entrar al dormitorio, se vuelve hacia EL.)  
 ANTONA.—¿Qué?...  
 EL.—Yo... yo...  
 ANTONA.—¿Usted qué?...  
 EL.—Desde hace media hora lo sé. Yo no soy el mismo.  
 ANTONA.—No entiendo.  
 EL.—¡Pero si salta a la vista!  
 ANTONA.—¿El qué?  
 EL.—Te lo he insinuado en forma delicada durante todo este rato y te niegas a comprenderlo... ¿es posible que no te des cuenta?  
 ANTONA.—¿Darme cuenta de qué? (Pausa conmovida de EL.)  
 EL.—(Sin poderse contener.) ¡Voy a ser madre!  
 ANTONA.—¿Qué dice?  
 EL.—Voy a tener un niño.  
 ANTONA.—¡No puede ser!  
 EL.—Un niño que es fruto de tu irresponsabilidad y egoísmo.  
 ANTONA.—¿De manera que quiere achacarme el crío a mí?

EL.—(Lastimero.) Antona, no vas a negarlo... ¡No puedes ser tan desnaturalizada!  
 ANTONA.—Pero si lo único que hemos hecho ha sido darnos pescozones y manotazos en la cocina.  
 EL.—(Con pudor.) Ya ves, así es la Naturaleza... (Bajando la vista.) Voy a tener un hijo.  
 ANTONA.—No lo creo.  
 EL.—(Digno y sufriente.) ¡Antona, no me pedirás pruebas! ¡Sería demasiado doloroso para mí! Tú, mejor que nadie, sabes todo lo que ha habido entre tú y yo... ¡Te juro que tú has sido la primera!  
 ANTONA.—(Confusa.) Todo esto es un enredo. Yo vengo aquí solamente a limpiar el piso y no a sacarle a usted las castañas del fuego. (ANTONA ya se ha olvidado del dormitorio y está en medio de la sala.)  
 EL.—(Haciendo pucheros.) Claro, para tí no es nada, apenas un remordimiento... en cambio para mí... (Su voz se quiebra.)  
 EL.—¡Oh, no podré jamás decírselo a mi madre!  
 ANTONA.—¿Su madre?... ¿Qué diablos tiene que ver ella en todo esto?  
 EL.—Me repudiará.  
 ANTONA.—¿Y qué dirá su esposa, digo yo?  
 EL.—(Digno.) Espero que ella le de su apellido.  
 ANTONA.—Cualquier cosa que esté tramando o engendrando, yo no tengo nada que ver.  
 EL.—¡Antona, no me des la espalda ahora, después de haberte aprovechado de mí! ¡Oh!... (EL sufre un desvanecimiento.)  
 ANTONA.—(Alarmada.) ¿Qué le pasa? Siéntese y deje de pensar en tonterías. No es nada del otro mundo. Todas tenemos que pasar por esto. Le traeré un vaso de agua. (ANTONA lo arrastra hasta una silla y corre a buscar un vaso a la cocina. Desde allí grita.) ¡Esté tranquilo! Esto sólo pasa durante los primeros meses. (Aparece nuevamente y le da el vaso de agua. EL bebe el agua y luego estalla en sollozos.)  
 EL.—Por un momento de placer me he convertido en un paria... He sido deshonrado.  
 ANTONA.—No sea tonto. Ahora la sociedad es mucho más comprensiva que antes. En cambio, en mi pueblo, mi abuelo era tan puritano que cuando la yegua parió, hizo buscar al caballo culpable por todo el campo y, cuando lo cogió, lo capó.  
 EL.—(Espantado.) ¿Pero por qué hizo eso?  
 ANTONA.—Porque dijo que era un mal ejemplo para mi madre, que estaba soltera. (EL, al oír el cuento, estalla nuevamente en sollozos.)  
 ANTONA.—¿Qué le pasa ahora?  
 EL.—(Haciendo pucheros.) Le tengo miedo a tu abuelo puritano.

ANTONA.—No tenga miedo. Está enterrado en el pueblo.

EL.—Yo también nací en un pueblo. Fui siempre muy ignorante en estas cosas y ahora pago esa ignorancia. Creía que los niños se hacían mezclando dos partes de harina, tres de leche y una pizca de levadura.

ANTONA.—¿Y por qué no se va al pueblo por una temporada? Allí nadie se entera y las criaturas se crían sanitas.

EL.—La reacción típica: librate de mí. Ahora ya no piensas para nada en el matrimonio.

ANTONA.—Nunca le prometí matrimonio. Además, usted está casado. Debería confesarle todo a su mujer. Ella debería conocer su situación... ¡Yo misma se lo diré! Si no le da un infarto es señal de que terminará por reconocer al crío. (ANTONA se dirige al dormitorio, pero EL la detiene con un grito.)

EL.—(Como un demente.) ¡Si entras en ese dormitorio me mato!... Empezaré a comerme el periódico hasta morir.

(EL muerde ferozmente el periódico. ANTONA, asustada, trata de quitárselo. En el tira y afloja lo desgarran completamente.)

EL.—(Patético.) Tendrás que explicar esto a la opinión pública: deshonorado y muerto por intoxicación de prensa amarilla...

¡La autopsia lo revelará todo! (ANTONA retrocede unos pasos.)

ANTONA.—Usted es un hombre peligroso.

EL.—Soy una víctima.

ANTONA.—Quien mal anda mal acaba.

EL.—Al que no es ducho en bragas las costuras lo matan.

ANTONA.—En comer y rascar todo es comenzar.

EL.—Lo que no se hace en un año se hace en un rato.

ANTONA.—Quien su trasero alquila no pasa hambre ni fatiga.

EL.—Cada uno habla de la feria según le va en ella.

ANTONA.—Si quieres un crío, búscate un sobrino.

EL.—Hijo sin dolor, madre sin amor.

ANTONA.—Eramos treinta y parió la abuela.

EL.—A mulo cojo e hijos bobo lo sufren todos.

ANTONA.—Más vale una de varón que cien de gorrión.

EL.—El lechón de un mes y el pato de tres.

ANTONA.—Más cerca está la rodilla que la pantorrilla.

EL.—Más vale casada que trajinada.

ANTONA.—Casarme quiero que se me arrufa el pelo.

EL.—Antona, Antona, uno la deja y otro la toma.

(ANTONA empieza a deshojar tristemente una rosa del florero.)

ANTONA.—Me quiere mucho... poquito... nada...

EL.—No hay que desesperar nunca, Antona. Estarías bastante

presentable si no fuera por la cicatriz de tu operación de apendicitis.

ANTONA.—(Desilusionada.) Estoy muy venida a menos. Debe ser mi soltería congénita. Es fatal. Engordaré, me arrugaré y un día cualquiera ¡paf!... amaneceré tan inservible y pasada de moda como un corset en naftalina.

EL.—No pierdas las esperanzas de casarte, Antona. Tienes tiempo para escoger entre tanto sirvergüenza que anda suelto por ahí.

ANTONA.—No, es demasiado tarde. Soy el estropajo de todos. ¿Quién me va a querer para algo que no sea freír la tortilla paisana?

EL.—¿Qué ideas tienes, Antona!

ANTONA.—Claro, porque la encuentran a una gusto a lejía se aprovechan.

EL.—Hay muchos que les gustaría conocerte, intercambiar contigo sellos de correos y revistas usadas. En ese sentido eres verdaderamente apasionante.

ANTONA.—Lo he intentado todo. Hasta escribir a un consultorio sentimental. Firmé «Esperanzada» y sólo me respondió un tío baboso que debe ser casado y tripudo. No le entendí una palabra. Firmaba «Pepe Solo». Debe ser un vicioso.

EL.—(Estupefacto.) Entonces... ¿tú eres «Esperanzada»?

ANTONA.—Sí. Ya sé que se va a reír de mí.

EL.—(Para sí.) Así que tú eres la que buscaba un alma gemela.

ANTONA.—(Orgullosa.) Sí, esa frase la escuché en «Flor de Fango».

EL.—¿En qué?

ANTONA.—¿Usted no escucha «Flor de Fango»?

EL.—No.

ANTONA.—Es terriblemente emocionante. Primero se oye una música de esas que ponen la carne de gallina y luego la voz de un locutor medio marica, muy simpático, que dice: «¡Nosotras sabemos que Fibronylon nos acaricia! ¡Fibronylon remercerizado, su nylon de confianza, el nylon que es casi un confesor!, presenta «Flor de Fango»... De recordarlo no más me pongo tiritona.

EL.—(Para sí.) «Esperanzada», tengo la impresión de que no nos complementaremos para siempre... Si tiene algún defecto visible o una enfermedad invisible, consulte al especialista... Ya no es necesario enviar foto... Yo, feúcho, pero dicen que neurasténico perdido. La saluda y olvida para siempre...»  
José

ANTONA.—No sé lo que quiere decir, pero ya es hora de que termine mi trabajo. (ANTONA se dirige al dormitorio en forma decidida.)

EL.—¡No, todavía no!

ANTONA.—Voy a despertar a la señora.

EL.—Se necesitarían las trompetas del Juicio Final.

ANTONA.—No quiero jugar más a las adivinanzas y si me sigue poniendo dificultades me marcharé al extranjero. Hoy en día una está muy solicitada, no crea.

EL.—(Impresionado.) ¡Oh, eso jamás! ¡No! Cualquier cosa antes que eso, Antona. Tú sabes que nosotros somos buena gente, sin antecedentes penales... (Implorante.) ¡Esperanzada, Antona, Toña, Toñita!... ¿cómo te llamaban de pequeña cuando te daban la papilla?

ANTONA.—Cuqui... pero no creo que tenga nada que ver.

EL.—(Apasionado.) ¡Cuqui, Cuqui!... Haremos cualquier cosa por tí. Te casaremos con mi jefe que es alcohólico, con el hijo del vecino que es numismático, o con mi director espiritual que es pastor luterano o en un caso extremo conmigo mismo... ¡Todo antes que perderte!

ANTONA.—¿Y consentirá su esposa?

EL.—¿El qué?

ANTONA.—Esta boda tan precipitada.

EL.—¿Ella?... Por supuesto. Ella no dirá una sola palabra. Tú sólo tendrás que pasarle un poco el plumero, regarla de cuando en cuando y ¡listo! (Tierno.) Envejeceremos los tres juntitos sentados frente al televisor.

ANTONA.—¿Podré usar la ropa de la señora, también?

EL.—Naturalmente. Hasta su cepillo de dientes.

ANTONA.—Voy a pensarlo. De todos modos, tráigame referencias tuyas, recomendaciones y radiografías.

EL.—(Implorante.) Cuqui, Cuqui, tengo los mejores informes bancarios. Si quieres aprenderé el alemán para que te sientas en el extranjero. Soy capaz de todo... ¡Pero no te marches!

ANTONA.—No creo que sea posible casarme con usted por el momento. Y no es que sea una beata, pero me resultaría chocante que su esposa, usted y yo... usted me comprende ¿no? Existe la moral y las buenas costumbres. Una puede haber llegado muy bajo, pero compartir la televisión con un hombre casado por las dos leyes es repugnante.

EL.—Sí, pero tiene el encanto de lo prohibido.

ANTONA.—Las fantasías tienen su límite. No forcemos la Naturaleza.

EL.—¡Traspasa tus propios límites, Antona!

ANTONA.—¿No tiene nada más que ofrecerme?... ¿Eso es todo?

EL.—Te haré socia del Club del Oyente.

ANTONA.—No me interesa.

EL.—Te sacaré una póliza de Seguros.

ANTONA.—Es inútil. (ANTONA está a punto de entrar en el dormitorio.)

EL.—¡Escucha! Por tí llegaré hasta el fin... ¡Bailaremos un tango cada día!

ANTONA.—(Embelesada.) ¡Oh, Dios mío! ¿Será capaz de tanto?...

(EL coloca en el viejo gramófono un disco de Gardel. ANTONA tira al aire el estropajo y el cubo de limpieza.)

EL.—¡Cuqui, nuestro baile!... ¡En este maldito claustro, un tango después de ocho años de silencio!

(Bailan apasionadamente. Parecen transportados. Casi al terminar el tango, el disco se pone a girar sobre el mismo surco rayado. EL se desprende de ella y va hacia el gramófono. ANTONA, mientras tanto, se arregla el delantal y entra al dormitorio diciendo entre risitas nerviosas):

ANTONA.—¡Señora... no vaya a creer nada malo... antes que faltarle el respeto o usted preferiría estar muerta...

(Se interrumpe. Se escucha un grito penetrante de ANTONA desde el dormitorio. Sale ANTONA tambaleándose por la impresión. EL, abstraído, parece casi feliz. En el gramófono se escucha un acompañamiento de guitarra para el canto de EL.)

ANTONA.—¡Dios mío!... ¿Qué ha pasado?

EL.—(Cantando el conocido tango de Gardel.)

«Sus ojos se cerraron  
y el mundo sigue andando  
Su boca que era mía  
ya no me besa más...»

ANTONA.—(Espantada al ver la insensibilidad de EL que canta tangos.) ¿Se ha vuelto loco?... ¿Se olvidó que tiene a su mujer tirada en el dormitorio?... ¿No siente compasión de nadie?...

EL.—(Canta.)

«Y ahora que la evoco  
sumido en mí quebranto  
las lágrimas prensadas  
se niegan a brotar  
y no tengo el consuelo  
de poder llorar...»

ANTONA.—(Retorciéndose las manos.) ¿Por qué lo hizo?... ¿Por qué?...



EL.— «Por qué sus alas  
tan cruel quemó la vida.  
Por qué esta mucca  
siniestra de la muerte...  
Quise abrirla  
y más pudo la muerte...»

ANTONA.— ¡Le costará muy caro! Dentro de un momento estará aquí la policía...

EL.— «Yo sé que ahora  
vendrán caras extrañas  
con su limosna  
de alivio a mi tormento...»

ANTONA.— ¡Le arrancarán la verdad!... Yo podré atestiguar la verdad...

EL.— «Todo es mentira  
mentira ese lamento.  
Hoy está solo mi corazón...»

ANTONA.— No se haga ilusiones. No espere que esto vaya a quedar sin castigo.

EL.— «En vano yo alentaba  
febril una esperanza.  
Clavó en mi carne viva  
sus garras el dolor...»

ANTONA.— Abriré las ventanas y empezaré a gritar como una loca a la gente que pasa por la calle...

EL.— «Y mientras en la calle  
en loca algarabía  
el carnaval del mundo  
gozaba y se reía  
burlándose el destino  
me robó su amor...»

(ANTONA, fuera de sí, coge el disco de Gardel y lo rompe. Luego se enfrenta a EL.)

ANTONA.— (Frenética.) ¿Por qué... por qué...?

(EL la mira un momento fijamente, casi dolorosamente y luego estalla:)

EL.— ¡Porque sí!... Porque calzo el 42 y ella el 37; porque tengo cinco millones de glóbulos rojos y ella sólo cuatro millones doscientos; porque sus hormonas son enemigas de las

mías; porque yo fumo negro y ella fuma rubio; porque las lentejas la hinchán y a mí me deshinchán; porque a mí me gustan las mujeres y a ella los hombres; porque ella cree en Dios y yo también; porque somos tan diferentes como dos gotas de agua y, sobre todo, ¡porque sí, porque sí!

ANTONA.— (Recobrándose poco a poco.) ¡Era tan buena la pobrecita! Todos los Miércoles de Ceniza me regalaba sus medias corridas. ¡Dios mío! ¿Cómo fue capaz?... ¿Qué hace usted aquí todavía?... Seguramente quiere comprometerme, quiere mezclarme en esta pesadilla... ¡Pero yo contaré la verdad!... ¡Me creerán... Tienen que creerme... Yo no sé nada más... ¡No sé nada!... (Gritando.) ¡No sé nada!

(Se apagan casi todos los reflectores hasta producirse una penumbra. EL enfoca el rostro de ANTONA con una potente linterna. La cruda luz de la linterna cae de lleno sobre el rostro asustado de ANTONA. EL habla desde la penumbra. ANTONA está inmovilizada. El diálogo es seco y rápido.)

EL.— ¿Nombre

ANTONA.— Antona, los días de trabajo, y Cuqui, los días de fiesta.

EL.— ¿Edad?

ANTONA.— Vaya una a saber...

EL.— ¿Domicilio?

ANTONA.— Al fondo, a la derecha.

EL.— ¿Profesión?

ANTONA.— Lo que caiga.

EL.— ¿Religión?

ANTONA.— Homeópata.

EL.— ¿Estado?

ANTONA.— Un día sí y otro no.

EL.— ¿Víctima?

ANTONA.— La señora del 36: ¡una santa!

EL.— ¿Arma homicida?

ANTONA.— Transistor de alta infidelidad.

EL.— ¿Móvil del luctuoso suceso?

ANTONA.— Nada de palabrotas con una que es decente.

EL.— ¿Existen pruebas de robo con profanación del cadáver?

ANTONA.— (Lloriqueando.) Yo me visto con su ropa porque ella

misma me la regalaba. Si le saqué una sortija y una cadenita

de oro al cadáver fue sólo para tener un recuerdo... ¡Era

una madre para mí!... ¡Mamaaaa!

EL.— ¡Basta! (Cesa el lloriqueo.) ¿Coartada?

ANTONA.— ¿Qué?

EL.— ¡Sea precisa!... ¿Qué hizo la noche del 25 de julio?

ANTONA.— Lo que me pedía el cuerpo, señor comisario.

EL.—¿Confiesa, entonces?

ANTONA.—Soy inocente como un recién nacido. Puedo demostrar que a la hora del crimen le hacía el amor al señor y al mismo tiempo miraba un concurso en la televisión y comía un bocadillo. A mí me gusta así, ¿sabe?...

*(Vuelve la luz al escenario. EL cambia a locutor de TV usando la linterna como micrófono. ANTONA, nerviosa y sonriente como una concursante. Ambos hablan directamente al público. El hace las preguntas con un tono brillante y empalagoso propio de los locutores de TV.)*

EL.—¡Le doy una última oportunidad! Si no responde a mis preguntas perderá el Gran Premio que ofrece Microlene, la única fibra de homologación textil. ¿Quién estranguló a la mujer transistorizada?...

ANTONA.—¡El manco de Lepanto!

EL.—Tibio, tibio... ¿Quién fue el culpable?

ANTONA.—¡Ben-Hur!

EL.—Casi, casi... ¡Haga un esfuerzo! Recuerde que la miran 150 millones de telespectadores de Eurovisión. ¿Quién mató a la francesa del cuarto de invitados?

ANTONA.—¿Juana de Arco?

EL.—No, que yo sepa.

ANTONA.—¡Caín!

EL.—No.

ANTONA.—La del manojito de rosas.

EL.—No.

ANTONA.—Mi tío Onofre.

EL.—Piense, piense...

ANTONA.—*(Pujando en forma concentrada.)* Mmmmmmm...

EL.—¡Otro esfuerzo!

ANTONA.—*(Sigue pujando con esfuerzo.)* Mmmmmmm...

EL.—¡Basta, no siga pujando!... ¡Microlene piensa por usted!

ANTONA.—Deme una última oportunidad.

EL.—Está bien: por última vez, ¿quién mató a la mujer del apartamento 36?

ANTONA.—Este..., lo tengo en la punta de la lengua...

EL.—Dígalo.

ANTONA.—*(Triunfante.)* ¡El gas butano!

EL.—No. Lo siento.

ANTONA.—*(Sonriendo pícaramente.)* Ya sé... Pero si era tan fácil.

EL.—¿Quién fue?

ANTONA.—*(Empujándolo con coquetería.)* ¡Usted!

EL.—Desgraciadamente ha perdido su última oportunidad. El Jurado me dice que la respuesta a la pregunta es: ¡San Inocencio Abad, de 1234 a 1305! *(Bruscamente EL se sienta)*

*y habla con un tono grave y sacerdotal. La vista baja. Las manos en el regazo. ANTONA se arrodilla junto a él. Como padre Abad.)* ¿Tienes algo más que decirme, hija mía?

ANTONA.—*(Contrita y avergonzada.)* Yo no sé... Creo que no, padre Abad.

EL.—¿Estás segura, hija mía?... ¿Nada más?

ANTONA.—*(Muy avergonzada.)* Sí, padre Abad. Falta lo más gordo. No puedo evitarlo. El señorito me pellizca todos los días. Ponemos mucho cuidado para no pecar, claro. Incluso él elige las partes más neutras y menos pecaminosas —los codos, por ejemplo—, pero, así y todo, es completamente desmoralizador. ¿A usted lo han pellizcado alguna vez, padre?

EL.—Sí.

ANTONA.—Es terrible, ¿no es cierto? A mí eso me hace polvo. me deja completamente indefensa. Yo he pasado por el mundo como una mártir, de pellizco en pellizco.

EL.—*(Empezando con tono de inquisidor y continuando con un progresivo tono libidinoso.)* ¡Culpables de Alta concupiscencia... Concupiscencia... Concupiscencia... *(Mimoso, acariciándole la barbilla a ANTONA.)* Concupichencha... Concupichencha... Concupichenchita...

*(ANTONA reacciona, le muerde el dedo y se pone de pie.)*

ANTONA.—Yo no voy a seguir esta comedia, señor. Está bien que una sea ignorante y un poco diabética, pero eso de guardarle sus muertitos debajo de la cama es mucho pedirme.

EL.—*(Mimoso.)* Cuqui, no te pongas escrupulosa.

ANTONA.—Avisaré a la Policía. Conozco a un general retirado que viene corriendo en cuanto doy un silbido.

EL.—¡Hazlo, me encantan los generales retirados!

*(ANTONA se mete dos dedos en la boca y lanza un silbido penetrante.)*

ANTONA.—Entra siempre por la ventana rompiendo los cristales.

EL.—Tenemos poco tiempo, entonces.

*(Ruido de cristales rotos fuera del escenario. El se acerca a ANTONA con apasionamiento.)*

EL.—*(Intensamente.)* ¡Antona, llévame a la horca si quieres, pero antes escúchame! Tu olor a lavaplatos me conmueve, me exalta, me rejuvenece. Déjame solamente mirarte por el ojo de la cerradura y seré feliz. Si me dejas atisbar por tu escote con una lente teleobjetivo granangular de 1,5 milímetros, moriré de placer.

*(ANTONA se deshace del abrazo.)*